



CATEGORÍA NIVEL AVANZADO  
**SEGUNDO PREMIO**

**CEA(R)**  
Comisión Española  
de Ayuda al Refugiado

**VIACHESLAV NOVYTSKYI, CEAR EN CATALUNYA**

## EN OTRO MUNDO

Hace muchos años cuando los árboles eran grandes y corría el último año del siglo pasado, hice una expedición a las cuevas cárnicas. Están, en su gran mayoría, en el territorio de la península de Crimea.

La expedición a las cuevas cárnicas la hice solo. Estaba en otro mundo, estaba en un silencio absoluto y completamente solo. Al principio caminé por un pasaje estrecho, la luz de la linterna se deslizaba por las paredes y el techo. Unas pequeñas conchas brillaban bajo la luz, los espeleólogos las llaman numilitas. De repente la luz se disolvió en el vacío. Me di cuenta de que había una gran sala frente a mí. Los rayos de mi linterna no llegaron a las paredes ni al techo de esta sala. Sentía una lucha interna entre el miedo y la curiosidad del investigador. Al final, la curiosidad venció al miedo. Entré en la sala. La luz de la linterna arrancó varias estalactitas y estalagmitas de la oscuridad. Di unos pasos hacia adelante. Iluminé la pared de la sala y vi tres agujeros en ella. ¿De cuál de estos agujeros salí?, no lo supe. Estaba perdido y desorientado. Entendí en ese momento que si entraba en el agujero equivocado, significaría mi final. Si le hubiera avisado a alguien, entonces tendría esperanza. Pero no le dije a nadie a dónde iba. Apagué mi linterna y me sumergí en la profunda oscuridad.

Estaba en total silencio y en soledad. Fue una buena oportunidad para echar un vistazo a las profundidades de mi propia alma. Lo principal es no tener miedo de lo que ves allí. Es una buena oportunidad para contemplar y analizar tus pensamientos y emociones. Observar el paso del tiempo, y darte cuenta de que el tiempo es muy relativo, y que fluye a diferentes velocidades en diferentes situaciones. Traté de calmarme, pero fue difícil. En ese silencio absoluto, me parecía que oía un latido. Tenía tantos pensamientos que no cabían en mi cabeza.

Recordé que había escuchado una vez, hace mucho tiempo, que puedes calmar tus nervios con la ayuda de la respiración profunda. Intenté respirar profundamente durante unos minutos, pero luego comprendí de que era una idea absolutamente desesperada.

Hacía aproximadamente una semana que había decidido dejar de fumar y, por lo tanto, no tenía cigarrillos conmigo, y tal vez podría haber sido útil. Es como humor negro, ese raro caso, en el que los cigarrillos realmente podrían ayudar, y en ese momento no los tuve. Pensé que tal vez orando podía calmarme. No sabía ni una oración. Cuando oré, siempre oré con mis palabras, como si imitara una conversación con Dios. Cuando terminé la oración, me di cuenta de que no ayudó. Mis manos seguían temblando y un enjambre de pensamientos no cabía en mi cabeza. Entonces comprendí que era mejor no pensar en nada. No pensar en nada, suena como una broma, broma pesada.

Cuando estás en total oscuridad y silencio, pierdes la noción del tiempo. Ese día lo pude experimentar. Llevaba un reloj mecánico y lo puse en marcha según mi apreciación del tiempo. Lamenté no saber la hora exacta.

Las reservas de alimentos que tenía eran para tres días. El agua subterránea era suficiente, así que no me preocupé por eso. Cilindro de gas casi completo y dos reservas de baterías para las linternas. Si comía poco, sin dudas, podía dividir mi comida durante seis o siete días. Entendí que cuando la comida terminara, la vida no terminaría. Había leído antes que una persona puede vivir sin comer durante aproximadamente un mes. Me calmé un poco, y pensé que no todo era tan malo, que tenía tiempo suficiente como para intentar encontrar una manera de salir de esa situación.

La respiración se calmó y el latido del corazón también volvió a la normalidad. Finalmente me había calmado. Me senté y escuché el silencio. Pero en el silencio, escuché un ruido rítmico, pensé por un momento que eran los pasos de alguien o su eco. De nuevo sentí esperanza y miedo. Esperanza, porque el que venía quizás conocía la salida y me ayudaba a salir. Y miedo, porque de repente recordé las leyendas sobre el espeleólogo blanco, nunca antes había creído en ellas, y creía que esto era una completa tontería, pero ahora no sé por qué, sentía miedo. La leyenda dice: Vivía hace mucho tiempo un hombre que amaba las montañas y amaba la mazmorra. Él exploró la mazmorra de esas cuevas y las montañas e hizo sus mapas. Era un hombre muy curioso. Siempre descendía bajo tierra vestido con un mono blanco. Un día se fue bajo tierra y no volvió, sus amigos lo buscaron durante semanas pero nunca lo encontraron. Un día, su hermana tuvo un sueño extraño. Soñó que había muerto y resucitado, pero resucitó como fantasma de la mazmorra.

Desde entonces, las personas que descendían por estas cuevas ,a veces, decían que habían visto a un espeleólogo vestido con un mono blanco, que podía ayudar, pero también podía castigar. Si una persona bajo tierra dejaba basura, pintaba las paredes de las cuevas o cortaba estalactitas o estalagmitas como recuerdos, podía ser castigado por el fantasma de la mazmorra. Como castigo no podían salir de las cuevas.

Si el hombre simplemente se había perdido, y no había hecho nada malo, el fantasma blanco podía ayudarlo y mostrarle la salida. Y como no hice nada malo en la mazmorra, nunca dejé basura, nunca pinté paredes, no rompí estalactitas. Podía esperar que me ayudara a salir ...

Me pregunté a mí mismo: ¿Realmente crees eso?. ¿Crees en todas estas historias? Por supuesto que no, no lo creo. Entonces la opción del espeleólogo blanco desaparece.

Escuché los pasos nuevamente, ya estaban más cerca. Me sorprendió que no pudiera ver la luz de la linterna de la persona que se acercaba. La oscuridad era absoluta. Esperé, esperé, esperé, pero la luz de la linterna no apareció. La estaba esperando como rayo de esperanza...pero no...

Al cabo de un rato, me di cuenta de lo que estaba pasando, encendí mi linterna e iluminé las estalactitas que estaban cerca de mí. Colgaban del techo como enormes carámbanos de piedra. Las gotas de agua fluían sobre estos carámbanos de piedra, caían y se rompían. Se rompieron, cayeron sobre las estalagmitas que crecían del suelo de la cueva. Estas gotas que caían creaban el sonido que en silencio confundí con el sonido de pasos lejanos. Las gotas cayeron y se rompieron, con ellas mi esperanza desapareció...

Mi estómago me recordó que tenía hambre. Tenía sándwiches. Tal vez estos sean los últimos sándwiches de mi vida, pensé. Si lo hubiera sabido antes, habría cocinado más. Una vez más, una ola de humor negro me cubrió. Me di cuenta de que aún podía bromear conmigo mismo. Entonces no todo era tan desesperado. Después de comer me sentí cansado y con ganas de dormir. Decidí dormir un poco para luego seguir buscando una salida con nuevas fuerzas. No miré el reloj, creía que eran alrededor de las cinco de la tarde. Encontré una superficie plana, puse la colchoneta y extendí el saco de dormir. Estaba cansado, y rápidamente me sumergí en los abrazos de Morfeo.

Al rato me desperté con un ligero frescor. Me sentía descansado. Miré el reloj, y marcaba las seis y cuarto. Me sorprendió, dormí un poco más de una hora y ,aún así, sentía que había dormido por más tiempo. La cabeza estaba fresca. Pensamientos claros. Hice café. Mientras lo bebía, recordaba de nuevo los cigarrillos que no tenía. Luego recogí el saco de dormir y la

colchoneta. Eran las siete de la noche. Pensé que si salía de la cueva, tendría tiempo para tomar el tren de la noche, que era poco más de una hora a pie.

Mientras dormía tuve un sueño extraño, que ahora estaba tratando de recordar. Era algo de una cinta de magnetófono, pero ¿por qué todo esto? pensé...Estaba tratando de recordar si había sido un sueño o no. Luego comprendí que no había sido un sueño, que antes de entrar en la cueva había visto un casete roto y una cinta desenrollada. Me di cuenta de que todo lo que necesitaba era encontrar el pasaje donde estaba la cinta. Era el agujero más a la izquierda. Estaba dentro de él, la cinta como antes brillaba con la luz de la linterna bajo mis pies.

Pensé que saldría de la cueva justo a tiempo para la puesta del sol, alrededor de las ocho y media. Finalmente vi la luz al final del pasillo. Era la salida de la mazmorra. Gracias, Señor Dios. Escuchaste mi oración, pensé...

Una vez fuera de la cueva, me sorprendieron los rayos de sol, según mi reloj eran las ocho y diez de la noche. No era posible que el sol brillara así a esa hora. Rápidamente comprendí que era de mañana. Era la mañana del día siguiente.

Mientras iba en el tren, recordaba a Einstein, quien decía que el tiempo era muy relativo. Todavía hoy, no entiendo cómo pude perderme en el tiempo.